

Mi pelota mágica

Raquel Rocha Castro

Cuando iniciaba el mes de diciembre, empezaba a contar los días que faltaban para la llegada del Niño Dios. Semanas antes mi mamá compraba el árbol de Navidad que siempre era natural y muy grande, de modo que la casa olía a pino; ella adornaba el árbol con series de velitas y figuras de Santa Claus que había traído de El Paso, Texas; también lo llenaba de esferas de colores que compraba en la *Ferretería Jorge Pérez* cada año, ya que fácilmente se quebraban.

Todos queríamos participar en la labor del adorno, el cual se iniciaba el 16 de diciembre; mi mamá nos permitía que colocáramos alguna esfera, pero era ella quien siempre lo decoraba. Cuando terminaba y lo encendía, me pasaba las horas embelesada viendo el árbol que yo consideraba el más bonito. En las ventanas que daban a la calle, mi madre colgaba unas coronas con unas velitas que prendían y el líquido que tenían adentro parecía burbujear. También escribíamos en el vidrio FELIZ NAVIDAD, con una pintura que parecía nieve.

Todos los días de diciembre iba a las tiendas de la calle Mercaderes a preguntar cuándo llegaban los juguetes. Los ponían en los aparadores entre el 16 y el 18 de diciembre y yo me pasaba las horas viendo cuál era la muñeca y cuáles los trastes que iba a pedir al Niño Dios. También me encantaba ir a la *Ferretería Jorge Pérez* a ver el Santa Claus que se agachaba para saludar; y a la tienda *El Siglo Veinte* donde estaban los juguetes más bonitos, pero también los más caros. En la misma calle existía una tienda más, que fue donde escogí mi última muñeca: era la tienda del señor Rafael Chávez.

A las posadas asistíamos todos los chiquillos del barrio; eran en la iglesia de San Nicolás a las siete de la tarde. Los adultos cargaban las figuras de María y José pidiendo posada, mientras los niños cantábamos, llevando una velita. A mí me parecía aburrido, pero lo interesante era que, al terminar, nos entregaban un boletito con un sello de la iglesia y en la última posada, si entregábamos siete boletitos podíamos participar en la quiebra de piñatas y además nos daban una bolsa con tejocotes, una naranja, cacahuates y dulces de colación; estos dulces no me gustaban, pero la bolsa en general me hacía ilusión, así que no faltaba a ninguna posada y cuando llegué a hacerlo no sé de qué santos me valía pero siempre me dieron mi bolsa.

El día 24 desde muy temprano empezaban los preparativos para la cena; días antes mi mamá ya tenía el cócono en el patio, amarrado de una pata, y le daba de comer mucho maíz para que estuviera listo. Ese día lo emborrachaban con una copita de vino y le daban vueltas al pescuezo antes de cortárselo; a mí me impresionaba verlo caminar sin cabeza, pero era toda una tradición; ya tenían hirviendo el agua para desplumarlo y prepararlo.

Mi mamá era toda una experta y nos hacía una cena deliciosa a la cual íbamos muy bien vestidos, si se podía estrenábamos. Ese día mi papá nos daba una copita de rompo. Nos íbamos a acostar muy emocionados, ya que esperábamos la llegada del Niño Dios, que nos traería los juguetes.

En una ocasión pedí que me trajera una pelota roja. Cuando desperté y vi que no estaba, lloré sin que nadie me pudiera consolar. Entonces mi papá me dijo: “El Niño Dios vino y dijo que más tarde regresaría con tu pelota, había tenido muchos pedidos y se le habían terminado; ve a la casa de tu tía Teresa para que te dé tu aguinaldo y cuando regreses va a estar tu pelota”. Estuve en casa de mi tía de lo más inquieta; al ver pasar un avión dije: “Ahí va el Niño Dios con mi pelota”. Me entretenían, pero yo quería ir a mi casa para ver si el Niño Dios me había dejado mi regalo.



Por fin nos regresamos y al entrar a la sala ¡vi que la pelota caía por la chimenea! Creo que es el gusto más grande que he recibido en mi vida. ¡Cuánto me querían mis padres y en qué aprieto los puse! Gracias a esto y muchas cosas más, valoro el amor que me dieron, aunque el de mi padre fue por corto tiempo, pero muy valioso.

Así que cuando más tarde me dijeron que el Niño Dios no traía los juguetes, que eran los papás los que lo hacían, me costó mucho trabajo creerlo.

Para mí la Navidad es y seguirá siendo algo muy especial: es el compartir, el convivir con la familia, con los amigos, es algo que no puedo explicar, que me llena de felicidad. Es heredar a mis hijos lo que mis padres me enseñaron y se llama amor.